

LOS CAMINOS POR LA TEORÍA LITERARIA

PATHS THROUGH LITERARY THEORY

Ana María Zubieta
Universidad de Buenos Aires
anamariazubieta@gmail.com

∞ RESUMEN

∞ PALABRAS CLAVE

Universidad
Fundadores de
discursividad
Historia de la teoría
literaria

El trabajo analiza cuatro momentos clave de la historia de la teoría literaria en la Universidad de Buenos Aires de los que participó su autora, así como el sentido intelectual y político de cada uno de ellos: el primero en tanto integrante de los cursos privados bajo la dictadura, la llamada “universidad paralela”; un segundo momento en la cátedra de “Introducción a la literatura C” y “Teoría y Análisis literario C” cuyo titular era Enrique Pezzoni; un tercer momento como integrante de la cátedra de “Teoría literaria II” cuando su titular era Josefina Ludmer; y un cuarto luego como titular de esta cátedra de “Teoría literaria II”.

∞ ABSTRACT

∞ KEYWORDS

University
Founders of discursivity
History of literary theory

The paper analyzes four key moments in the history of literary theory at the University of Buenos Aires in which the author participated, as well as the intellectual and political meaning of each of them: the first as a member of the private courses under the dictatorship, the so-called “parallel university”; a second moment in the chair of “Introduction to Literature C” and “Literary Theory and Analysis C” whose head was Enrique Pezzoni; a third moment as a member of the chair of “Literary Theory II” when its head was Josefina Ludmer; and a fourth as head after this chair of “Literary Theory II”.



Recibido: 06/10/2023

Aceptado: 16/11/2023

Cuatro momentos jalonan lo que fue mi interés y dedicación a la teoría literaria que se transformaría en un deslumbramiento perdurable, que no cesó porque marcó mi pensamiento, mi trabajo docente y crítico hasta hoy. Esta contribución no quiere ser un relato eminentemente autobiográfico pero no puedo contar ni escribir sobre esas experiencias si no lo hago en primera persona y para unir las apelo a mi memoria acerca de ellas porque fueron verdaderas experiencias en sus dos sentidos, vivencia y conocimiento, por cierto muy diferentes entre sí pero caracterizadas por algo compartido, algo común: la lectura de autores, enfoques y aproximaciones nunca antes vistos y que obviamente se convirtieron, en primer lugar, en aprendizaje pero, sobre todo, en obligado y gozoso despojamiento, en abandono definitivo de la “inocencia” en la práctica de lectura que de algún modo había signado mis estudios de grado en la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que terminé en marzo de 1974; lugar al que no volví hasta 1984 después de la apertura democrática, diez años de ausencia institucional pero fuertemente empeñados en el estudio de algo nuevo e inquietante que se abría ante mis ojos, acompañado además por la convicción de que sería “una historia de nunca acabar”.

Ese descubrimiento, palabra que uso sin ninguna carga colonialista, llegó a ser casi una aventura, que como Georg Simmel caracterizó, es algo aislado y accidental, pero responde a una necesidad y abriga un sentido, una configuración claramente delimitada por un comienzo y un final y que, a pesar de toda su accidentalidad, de toda su extraterritorialidad frente al curso continuo de la vida, sigue significando, una aventura que tuvo hitos que signaron mi vida en relación con la teoría literaria.

Entonces, el primer escalón: la entrada a los grupos de estudio que funcionaron durante la dictadura, la llamada “universidad de las catacumbas”, una incorporación que estuvo teñida por el asombro, algo de temor y secreto pero también de una dimensión política inescindible, una suerte de resistencia porque durante los años de opresión, violencia y muerte los que nos quedamos pudimos acceder a algo importante de evocar, inolvidable, un fenómeno tan nuevo, que quizá apreciamos cabalmente sólo años después, original y significativo, casi único, un verdadero acontecimiento. La universidad paralela de los años de la dictadura, las catacumbas, subterráneas, pero no oscuras emitieron una especie de resplandor que nos deslumbró, algo inesperado que despertó conciencias y casi podría decirse, señaló un destino.

¿Cuál fue el sentido intelectual, personal y político de esos grupos? En primer lugar, la bibliografía que empezamos a conocer y que subvertía todo lo aprendido, abría tales horizontes que una se sentía estudiando en otro tiempo, en otro lugar, sosteniéndonos en la convicción de que la práctica crítica, una crítica radical apoyada en otros cimientos, era también un camino para transformar el mundo a partir de un conocimiento que no reprodujera la ideología dominante y de una práctica que permitiendo tomar conciencia, develaría lo oculto ejerciendo una sospecha radical, y así sería potencialmente revolucionaria.

Accedimos entonces –tiempo y consecuencias– a lecturas de los que han sido identificados como *fundadores de discurso* de la modernidad: vale decir, aquellos que han redefinido el espacio mismo

de la producción de una nueva manera de leer la escritura del mundo y la han violentado justamente, quebrantando la ley y los modos de interpretación establecidos, una hermenéutica de la sospecha para la cual pensar equivale a interpretar y la interpretación sigue un proceso vertiginoso: no sólo las tradiciones, las ideas recibidas, la ideología, son engañosas y mistificadoras, sino que la misma noción de verdad es el efecto de una estratificación, de una mistificación histórica cuyos orígenes son retóricos, emotivos, interesados.

Entonces, la lectura de Marx, Nietzsche y Freud fueron puntos esenciales de esta etapa que cobraron una gran magnitud y me di cuenta de que sin ellos era y seguiría siendo imposible pensar: las prácticas de interpretación y de creación estarían condicionadas por esos grandes relatos, los que una cultura incorpora a su sentido común. Los fundadores de discurso fueron, pues, quienes, independientemente de la eficacia de sus teorías particulares, redefinieron el espacio mismo de la producción de una nueva manera de leer la escritura del mundo y lo hicieron violentando los modos de leer establecidos, quienes nos hicieron entender el trabajo de interpretación como desenmascaramiento, develación o desciframiento que no se propone restaurar un sentido oculto sino develar que esos métodos de interpretación no eran sólo métodos de interpretación; así, Marx no se limita a interpretar la sociedad burguesa sino la interpretación burguesa de la sociedad; Freud no interpreta sólo el sueño del paciente sino el relato que el paciente hace de su sueño; Nietzsche no interpreta sólo la moral de occidente sino el discurso sobre la moral que inventó Occidente, un arte de interpretar que es para él un arte de atravesar las máscaras y de descubrir qué es lo que se enmascara, por qué, con qué objeto se conservan las máscaras y se remodelan y cómo en torno de ella hay luchas de poder.

Abordajes teóricos nuevos, pero también otra literatura y sobre todo empezar a leer de otro modo o como diría John Berger, abrirse a otros “modos de ver” (1972). Entonces Sigmund Freud y *La interpretación de los sueños* donde el análisis de los sueños fue un verdadero modelo de cómo leer y escandir un texto, una verdadera teoría de la representación que deforma, disfraza para que los contenidos o deseos inconscientes puedan aparecer en los sueños y eludir la censura y la certeza de que siempre se dice más de una cosa, puesta en jaque de la verdad, valorización a ultranza del perspectivismo y de los combates por el sentido. Y Michel Foucault y su lectura de “Las meninas” de Velázquez, pero sobre todo su obra dedicada a estudiar el vínculo entre saber y poder, saber y verdad, a examinar los regímenes disciplinarios de la Modernidad, con una lupa puesta sobre esas subjetividades únicas, los criminales, y sobre los “excepcionales”, los “monstruos” a los que los sistemas punitivos y la psiquiatría tratarán de entender para castigar en la justa medida. Después de Foucault nunca más pude volver a leer a Dostoievski como lo había hecho años atrás.

En la madeja de esos otros modos de leer, refulgió siempre la presencia de Roland Barthes, particularmente el de *Crítica y verdad* y *El placer del texto* con ese nuevo estatuto de autonomía que le dio a la escritura crítica al proponer que dejara de ser una colonia de la literatura. Barthes y su acto contestatario, de oposición a los discursos y cánones académicos, la voluntad de volver a leer a los clásicos, reapropiárselos como lo hizo con Racine y la recuperación del hedonismo y del cuerpo, que habían muerto y habían sido incinerados en el altar de la inspiración y la genialidad de los autores.

El deslumbramiento inicial por algunos autores y teorías fue luego persistencia sobre objetos y temas que casi nunca abandoné, que me acompañan desde entonces: la indagación acerca de la cultura popular y especialmente sobre el vínculo entre literatura y cultura popular, el interés por las voces de los de abajo y las lenguas de la violencia, de la revuelta, interés surgido del cruce de múltiples lecturas: Antonio Gramsci, Walter Benjamín y Mijail Bajtin, el gran detector de las fiestas populares, del regocijo, de la risa y la admiración por figuras como Cervantes o Rabelais, uno de los que

introdujo junto con Tinianov el concepto de “parodia” (Bajtín 1971) que sería una clave muy importante en las lecturas críticas de los años 1980 en la Argentina.

Entonces, en ese momento y en ese lugar nació mi interés por la obra de Roberto Arlt, en los grupos coordinados por Josefina Ludmer fue donde empecé a pergeñar el libro que sería *El discurso narrativo arltiano* y en ese mismo tiempo cobró especial relevancia también por razones históricas el acercamiento a la literatura latinoamericana, a otros textos y autores que los del boom: *Yo, el Supremo* de Augusto Roa Bastos, *Todas las sangres* y *Los ríos profundos* de José María Arguedas, *Redoble por Rancas* Manuel Scorza, *Pedro Páramo* de Juan Rulfo o *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría entre tantos otros, una biblioteca en la que había autores argentinos nuevos, poco conocidos: Osvaldo Soriano y su *Triste, solitario y final* o *Cuarteles de invierno*, Juan José Saer y dos textos emblemáticos, *Cicatrices* y *El limonero real* o Rodolfo Walsh, el de *Operación masacre* pero también el de los cuentos. Josefina Ludmer ya había escrito *Cien años de soledad. Una interpretación* y en 1978 nos deslumbraría con *Onetti. Los procesos de construcción del relato* libro que se sostenía en gran medida en los aportes del formalismo ruso pero reinventados con originalidad y siempre con rigor.

El segundo escalón fue mi incorporación a la cátedra “Teoría y análisis literario” cuyo profesor titular era Enrique Pezzoni a quien había conocido en la editorial Sudamericana adonde le llevé la versión terminada de mi libro *El discurso narrativo arltiano*. Más tarde me llamaría para integrarme como jefa de trabajos prácticos a la cátedra. Pezzoni fue el primer director del Departamento de Letras en la apertura democrática, capaz de dialogar con los sectores más díscolos, con opositores políticos, y así comenzó otra historia. Esa cátedra se fue armando con cierta urgencia y en las primeras reuniones me reencontré con Jorge Panesi, a quien había conocido en los grupos de estudio y con quien compartiría años después muchos momentos, la organización de jornadas y congresos, quien sería el continuador de esa cátedra, profesor admirado, querido por sus alumnos, por sus colegas y también director por muchos años del Departamento de Letras. Lo que hoy refulge en mi recuerdo del paso por la cátedra de Pezzoni fue familiarizarme con un trabajo sobre la literatura centrado en el análisis minucioso de los textos y la entrada a otra biblioteca que se abría, la apertura a otras lecturas, a autores muy poco “fatigados” y a una pasión en el dictado de las clases que me parecía inalcanzable. Entonces pude aproximarme a un modo más filológico de leer, si esto puede decirse así, una morosidad, una atención puesta en el lenguaje, un tropezar con la piedrita y hacerlo notar, fidelidad de Pezzoni a su formación con María Rosa Lida, Raimundo Lida y Ana María Barrenechea, una dedicación a la literatura sin “exclusividades”: poesía, cuento, novela que luego reuniría en su hermoso libro *El texto y sus voces* (1986). Esa pasión no era excusa para eludir la política o las disputas, las posiciones sostenidas con vehemencia, combativo, riguroso, con una amplísima biblioteca literaria, teórica y crítica, la lectura asumida como “una pasión intacta” parafraseando a Steiner (1997), una pasión nada efímera sino de aquellas que atraviesan la vida entera.

En tal sentido, Pezzoni recuperaba los debates entre los mismos escritores como los de Octavio Paz con Ali Chumacero, Homero Aridjis con José Emilio Pacheco, retomaba la vieja dicotomía tradición/ruptura y en ese encuadre introduce a Marechal, a Borges o a Cortázar y su polémica con Collazos. Aprendí un uso de la crítica que, sin olvidar las referencias teóricas, las incluía en su profusión con un respeto casi admirativo. No descuidó pues los fundamentos de sus lecturas e hizo asedios a autores a los que volvía una y otra vez, como Borges, una persistencia que me era ajena, hacer de la obra de un autor un objeto de estudio tan perdurable. Así, entonces, una nueva y distinta aproximación a la teoría literaria que fue luminosa al construir una constelación de textos teóricos lejanos hasta entonces, siempre ensamblados con la crítica, acoplando a la perfección teoría y lectura crítica.

El análisis que Pezzoni hace de la poesía de Alberto Girri y su relación con las revistas de vanguardia, el particular hincapié en la “articulación con que los versículos breves y extensos alternan en cada poema suyo” (1986: 105) o el abordaje de la poesía de Enrique Molina, ponen de manifiesto su deleite por un rasgo que parece insoslayable cuando se trata de poesía, un horizonte algo más lejano en otras aproximaciones, el reconocimiento de una estrategia verbal y un enfoque centrado en el yo, en el nombre propio con la incorporación de algo poco frecuentado entonces, el concepto de “pacto autobiográfico” de Philippe Lejeune (1994) con una explícita referencia a su maestra, precursora también de ese enfoque en su trabajo de genética textual y de la relación entre autor y texto a partir del trabajo de la edición y estudio que hizo Ana María Barrenechea en *Cuaderno de bitácora de “Rayuela”* (Cortázar y Barrenechea 1983).

De gran importancia en este segundo estadio fue también la literatura a la que accedí: Truman Capote, Nathaniel Hawthorne y Henry James, en cuya vastísima producción me metí por largo tiempo mientras al mismo tiempo aprendía a valorar un ejercicio crítico memorable por la minuciosidad y el amor por la escritura del cual nunca estuvo ausente la teoría literaria explícitamente o posible de vislumbrarse en el revés de la trama.

Un punto importante en esta etapa sería el conocimiento y la frecuentación de teorías de la lectura (años más tarde fue el tema de mi concurso para profesora titular de Teoría literaria II en 1997). George Steiner *de Lenguaje y silencio* (2013), Umberto Eco de *Lector in fabula* (1993) y Hans Robert Jauss de *La literatura como provocación* (1976), algunas de las lecturas de ese período que me ayudaron a entender qué puede decir la teoría si asumimos la lectura como pasión, lecturas lejanas en ese momento del frenesí que sobrevendría más tarde por especialidades, becas, proyectos; y la teoría cuya finalidad no era otra que encadenarse a las preguntas y por lo tanto más interesante que proveer de respuestas era estimular la curiosidad para hacerse preguntas. Acercarse a la lectura, a esa felicidad difícil, aunque leer sea incomparablemente fácil, libertad sin trabajo, “un puro Sí que resplandece en lo inmediato” como dijo dirá Hans G. Gadamer (1997: 184). La lectura con sus características de producción silenciosa: deriva a través de la página, metamorfosis del texto por la mirada del viajero, improvisación y expectación de significaciones inducidas por algunas palabras, danza efímera. La lectura que insinúa las astucias del placer y de una reapropiación del texto del otro: en ese lugar donde el lector es siempre un cazador furtivo. Pezzoni era el hombre de las notas suscribiendo lo que decía Steiner: “Los libros y las lecturas tienen la capacidad de soportar las notas marginales que rivalizan con el texto mismo, se apoderan de los márgenes. Habría que armar la contra biblioteca de las notas marginales” (1997: 34).

El fuerte apego teórico a Paul de Man, reconocido por Pezzoni y más tarde por Panesi, se evidencia cuando De Man al analizar una escena de lectura en *A la búsqueda del tiempo perdido* de Proust comienza por decir que toda lectura debe empezar por un acto de literalidad y de sospecha y justamente esa escena hace evidente que la lectura es casi un lugar interior, un cobijo convicciones nunca abandonadas por ellos (1990). Empieza entonces el tercer estadio como fue mi inclusión en la cátedra “Teoría literaria II” al frente de la cual estaría por algunos años Josefina Ludmer, hasta 1991 en que pasa a desempeñarse en Yale, un camino allanado en parte por haber estado en los grupos de estudio que ella organizó y por la experiencia recogida en “Teoría y análisis, cátedra C” como ya conté. De todos modos, hubo nuevos desafíos y exigencias: uno de ellos, el cambio todos los años de los programas que obligaba a una actualización y lectura permanentes. En ese contexto di mi primera clase teórica frente a una gran cantidad de estudiantes y con algo que era central, asumido casi como una regla: el análisis de los textos literarios debía partir de las “concepciones de

la literatura”, un qué se lee y desde dónde se lee que transformaron completamente los modos de leer y fueron la base en la que me apoyé para encarar el tema de esa primera clase teórica: la concepción de la literatura de los manuales de literatura para quinto año de la escuela media, lo cual abrió un panorama de puntos teóricos fundamentales en adelante: la desnaturalización del concepto de contexto como algo dado por la puesta en correlación casi automática entre la literatura y los acontecimientos históricos anteriores o contemporáneos y su reemplazo por el derridiano “marco” y ya en esa dirección abordé el estudio de las historias de la literatura cuyo resultado fue “La historia de la literatura. Dos historias diferentes” (Zubieta 1989).

Entonces, era forzoso encarar el problema de la temporalidad y detenerse en el modo en que cada autor realiza la escansión, cómo enfrenta la relación entre historia y literatura ya como rígido corsé o como modelo abierto a otras determinaciones y a diferentes maneras de conexión. Ricardo Rojas comenzó su *Historia de la Literatura Argentina* por “Los gauchescos” pasando después a un orden cronológico más convencional (1960), diferente de la posición que asumiría David Viñas en *Literatura argentina y realidad política* cuando opta por otra cronología y otros agrupamientos vinculando textos y autores según posicionamientos y actitudes políticas. Viñas elude el tránsito unilineal, continuo, minucioso y realiza uno discontinuo, lleno de saltos, de puntos que no se pisan; o sea, ante una historia de la literatura como acumulación de un saber regular, continuo, unánime, elige uno discontinuo, periódico, complejo por eso su famosa frase inicial: “La literatura argentina emerge alrededor de una metáfora mayor: la violación” (Viñas 1970: 13).

Llego así a la cuarta escala, la más prolongada, la última en un camino institucional: en 1993 quedo a cargo como profesora interina de “Teoría literaria II” que pronto concursaría y llegaría entonces a ser su profesora titular (1998-2018). Entonces, introduje otros abordajes, autores, perspectivas que supusieron algunos cambios: en primer lugar, no modificar completamente los programas del dictado de la materia todos los años para lograr así una profundización o ampliación, un sesgo para el cual eran importantes tanto una relativa modificación como las repeticiones. Podría señalar en este sentido los programas destinados a leer la literatura relacionada con la cultura popular, la producción de Walter Benjamin, la memoria y la violencia por citar solo cuatro que se constituirían en desafío y dedicación. El primero de ellos, fue empezar a pensar y trabajar la relación entre literatura y cultura popular, la pregunta por la existencia de lo que se ha denominado “literatura popular” que me introdujo en una biblioteca casi infinita cuyos hitos, simplificando, fueron Mijail Bajtin, Carlo Ginzburg o Néstor García Canclini: Bajtin porque a partir de la obra de Rabelais reconstruye un fragmento de la cultura popular e inventa una clave para leer: la “literatura carnavalesca” reflatando el valor de esa fiesta popular y de ese acontecimiento histórico y cultural absolutamente disruptivo como el carnaval (1971); Ginzburg porque en *El queso y los gusanos* hace una construcción diferente: parte de un archivo para dar cuenta e interpretar un “caso”, el del molinero Menocchio analizando sus creencias, sus saberes no sólo los propios de su clase y de su enclave sino también su relación con la cultura letrada, su modo de leer una literatura que no le estaba destinada como *La divina comedia* (1994); por su parte García Canclini desde la antropología nos metió en el mundo de la cultura popular en América latina y con su concepto de “hibridez” quitó todo matiz de esencialidad reposicionando dicotomías como alto/bajo, centro/periferia lo mismo que se propuso Jesús Martín Barbero (1990).

El segundo de los temas a los que dediqué muchos años de investigación que se volcaron en muchos programas y clases de “Teoría literaria II” fueron las cuestiones de memoria importantes porque allí confluyeron lecturas teóricas (autores como Paul Ricoeur o Henri Bergson), replanteos, volver a

discutir algo que se creía superado como el realismo y encarar una literatura argentina que de modo aluvional empezó a producir textos relacionados con la memoria que pusieron en el centro del debate cuestiones de representación, la pregunta de cómo contar pero también volver a una experiencia que había atravesado muchas vidas como fue la dictadura militar, el terrorismo de estado, la desaparición de personas, la tortura y la inflicción del dolor. En ese escenario, rescato dos acontecimientos: la aparición en 1995 de la novela *Villa* de Luis Gusmán y la confesión mediática del capitán de corbeta (R) Adolfo Francisco Scilingo –que después recogerá Horacio Verbitsky en *El vuelo* también en 1995– que coincide con el boom de la mundialización del arrepentimiento y del perdón. La proliferación mundial de confesiones y de pedidos de perdón como urgencia de la memoria que necesita volverse hacia el pasado y llevar ese acto más allá de cualquier instancia jurídica, inmensa escena confesional en curso acompañada a veces de un pedido de perdón que constituye para Derrida una “ética más allá de la ética, ése es quizá el lugar inhallable del perdón” (2003: 15). El impacto producido por las declaraciones de Scilingo fue, inevitablemente, brutal: en esa confesión se unieron la convicción de lo imperdonable –“jamás se pide perdón más que por lo que es imperdonable. Jamás se tiene que perdonar lo que es perdonable: ésta es la aporía del perdón: se tiene que perdonar lo imperdonable” como señala Derrida (2003: 120). Nunca se perdona a un inocente; entonces, la convicción de lo imperdonable se unió a la curiosidad, llevando a primer plano la catadura del silencio y el secreto ya que la confesión mediática volvió espectacular el mismo silencio que denuncia como el gran delito de la dictadura pero también llama la atención poderosamente sobre la configuración de una subjetividad en la que no es difícil asistir a la más salvaje de las inversiones: no se limita a reconocer los asesinatos sino que también quiere ser digno de compasión por lo que tuvo que soportar, ver y hacer en el cumplimiento de su deber: “Yo le comenté que del primer vuelo volví mal, Mal. Yo no me sentía bien” dice Scilingo (1995: 71).

Si *Villa* quiso ser la novela de la aniquilación, del acallamiento de las emociones, con una tremenda promesa de secreto y de silencio definitivos, *La casa de los conejos* de Laura Alcoba termina con una mirada puesta en el futuro cuando se dirige a Clara Anahí, la hija de Diana: “Pero estoy segura, Diana, que tiene tu sonrisa luminosa, tu fuerza y tu belleza. Esa, también, es una evidencia excesiva” (2008: 134). Laura Alcoba logró, como pocos, dotar de una voz a esa niña, narrar una experiencia infantil que no se ha podido olvidar, rescatarla como una supervivencia para armar desde su comprensión adulta un relato en el que laten el reproche velado y la pena, pero también en el que es posible reconocer que no se trata solo de la memoria sino también del olvido, del derecho al olvido y de la necesidad de no olvidar.

Por último, pero no desligado de lo anterior el problema de las violencias, sus manifestaciones, étnicas, genéricas, terroristas o bélicas, tampoco, lo cual ha hecho de ella un fenómeno que al atravesar estructuras, coyunturas y enclaves, atrajo sobre sí reflexiones teóricas que desde distintas perspectivas y ángulos y desde diversos sistemas de representación –como la literatura, el cine o la pintura– lo abordaron, produciendo un caudal de conocimientos y enfoques de una dimensión que no hace sino confirmar su trascendencia histórica, cultural, política y antropológica. “Hay cosas que nunca desaparecen. Entre ellas se encuentra la violencia” (Byung-Chul Han 2016: 9).

Tal pluralidad hizo que nos preguntáramos cómo encarar su estudio, considerando sus aristas y matices. La respuesta o salida encontrada fue la realización de un mapa donde figuraran, a la manera de mojones o centros, conceptos fundamentales, indispensables para pensarla que funcionaran, a la vez, como comienzo de diferentes periplos posibles de emprender, un mapa surgido de la necesidad de hacer convivir ideas y aproximaciones. Un mapa es una representación simbólica que

generalmente encubre bajo su tersura alguna violencia, lejana o soterrada, y la atracción que ejerce radica en una belleza cuyo límite es el horror. Las guerras han estado casi siempre en el origen y en el fundamento de las fronteras; incluso, de la palabra frontera, del término *front*, “frente”, que se definía como un modo de organización del espacio en tiempos de guerra y designaba el límite temporario y fluctuante que separaba a dos ejércitos en un conflicto; la frontera inscribe lo político en el espacio y el mapa no es, en consecuencia, nada inocente en su intento de dar cuenta de la existencia de algo, ponerlo en escala y orientar o guiar un recorrido.

Las tramas literarias del presente no desdeñan esas problemáticas territoriales inscriptas de manera indeleble en una tradición –sea en la Argentina o en América Latina¹ y suelen estar teñidas muchas veces de la más abrumadora violencia. Las novelas *El ruido de las cosas al caer*, de Juan Gabriel Vásquez; *Plegarias nocturnas*, de Santiago Gamboa (ambos colombianos); *Bajo este sol tremendo*, de Carlos Busqued y *La fragilidad de los cuerpos*, de Sergio Olguín, son el testimonio de una literatura que aparece más y más tramada, entretejida con la violencia, fantasmas que la asedian y que se vuelven particularmente perceptibles en la literatura contemporánea que despliega diferentes e insospechadas modulaciones de dicha violencia. Como resultado de este largo recorrido resultó la publicación de un libro *Otro mapa de la violencia. Enfoques teóricos, recorridos críticos* (Zubieta 2017) y en la consideración de la importancia del territorio no podían estar ausentes el colonialismo y los estudios poscoloniales, el imperialismo también como geografía del antagonismo entre centro y periferia como espacio de poder, dominio construido por los señores coloniales sobre los nativos, de los blancos sobre quienes no lo son, paisaje y topografía urbana del apartheid. Nuevamente, la importancia del territorio, de las fronteras, de la ocupación y del avasallamiento. Aparecen allí la Guerra de Malvinas y los textos a ella asociados, la que reinscribió en el horizonte el colonialismo, un problema algo abandonado, nos lo puso delante de los ojos obligándonos a mirarlo. Así ocurre en *Trasfondo*, la novela de Patricia Ratto, hecha de una lengua pensada para contar el dolor, la pena y la muerte. Nuevamente, pues, el *mapa y el territorio*.

Pero también a partir de *Orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt volver la mirada justamente a los regímenes totalitarios a su horror que estriba en reinar sobre una población completamente dominada, un sistema de espionaje ubicuo, donde todo el mundo puede ser un agente de policía y donde cada individuo se siente sometido constantemente a vigilancia. Encarar otras ficciones para volver al trauma *Austerlitz* de Sebald (2001), o de *Las benévolas*, de Jonathan Littell (2006). La infatigable referencia al Holocausto convertido en tropos universal, porque a través de él se pueden pensar otros genocidios. Y siempre la pregunta de cómo narrar acontecimientos sin precedentes que rompieron con todas nuestras categorías de pensamiento, juicio y reflexión moral. Y en estos enfoques de la violencia aparecen en primer lugar la consideración de las víctimas un desafío que la literatura asumió plenamente pero también apareció una constelación teórica de gran importancia. El de biopolítica es uno de ellos y como bien lo señala Roberto Esposito: “En el lapso de algunos años, la noción de ‘biopolítica’ no solo se ha instalado en el centro del debate internacional, sino que ha marcado el inicio de una etapa completamente nueva de la reflexión contemporánea” (2011: 23). Para este concepto fueron centrales los iniciales planteos de Foucault,² después ampliados y profundizados por Giorgio Agamben.

¹En la literatura argentina existe una larga tradición literaria en cuyos textos *el personaje es el territorio*.

²Michel Foucault se ocupó de la biopolítica en *Defender la sociedad* (2003), *Seguridad, territorio, población* (2008) y *Nacimiento de la biopolítica* (2009).

Biopolítica: el dato biológico es, como tal, inmediatamente político y viceversa, un conjunto de mecanismos por medio de los cuales aquello que, en la especie humana, constituye sus rasgos biológicos fundamentales podrá ser parte de una política, una estrategia general de poder y uno de los aportes fundamentales de Esposito fue detenerse en el vínculo entre nazismo y biopolítica, aclarando que “la biopolítica no fue producto del nazismo; acaso el nazismo fue el resultado extremo y perverso de una particular visión de biopolítica” (Esposito: 2011: 235). Si los conceptos de *situación límite* o *estado de excepción* formulados por Hannah Arendt y Agamben son conceptos que se han vuelto insoslayables en estudios y aproximaciones, así como el de biopolítica, en tanto un proceso de creciente implicación de la vida natural del hombre en los mecanismos y los cálculos del poder capilazado en la vida cotidiana, en el arte, en el “cuidado de sí” se volvió imprescindible. Con todas estas consideraciones hemos escrito un libro de próxima publicación, en la colección Saberes de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, titulado *Razones de fuerza mayor. Aproximaciones teóricas a la violencia*.

Este trabajo procuró ser un compendio de mi recorrido por los caminos de la teoría literaria. Que continuará.

ANA MARÍA ZUBIETA es profesora y doctora en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y profesora titular por más de veinte años de “Teoría literaria II” en la carrera de Letras. Ha escrito libros de crítica literaria –de su autoría y otros en colaboración– particularmente centrados en la literatura argentina y en fenómenos del presente a ella conectados tales como la memoria y la violencia. Dictó numerosos cursos y seminarios en diversas universidades nacionales y extranjeras.

Bibliografía

- ALCOBA, Laura. 2008. *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa.
- ARENDRT, Hannah. 1998. *Orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus
- BAJTIN, Mijail. 1971. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Barcelona: Barral.
- BARTHES, Roland. 1985. *Crítica y verdad*. México: Siglo XXI
- _____. 1996. *El placer del texto*. México: Siglo XXI.
- BERGER, John. 1972. *Ways of seeing*. London/Harmondsworth: British Broadcasting Corporation/Penguin.
- BYUNG-CHUL, Han. 2016. *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder.
- BUSQUED, Carlos. 2008. *Bajo este sol tremendo*. España: Anagrama.
- CORTÁZAR, Julio y Ana María BARRENECHEA. 1983. *Cuaderno de Bitácora de Rayuela*. Buenos Aires: Sudamericana.
- DE MAN, Paul. 1990. *Alegorías de la lectura*. Barcelona: Lumen.
- DERRIDA, Jacques. 2003. *El siglo y el perdón*. Buenos Aires: de La Flor.
- ECO, Humberto. 1993. *Lector in fabula*. Barcelona: Lumen.
- ESPOSITO, Roberto. 2011. *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FOUCAULT, Michel. 2003. *Defender la sociedad*. Madrid: Akal.
- _____. 2008. *Seguridad, territorio, población*. Madrid: Akal.
- _____. 2009. *Nacimiento de la biopolítica*. Madrid: Akal.
- FREUD, Sigmund. 1976. *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- GADAMER, Hans-Georg. 1997. *Verdad y método I*. Salamanca: Sígueme.
- GAMBOA, Santiago. 2012. *Plegarias nocturnas*. España: Literatura Random House.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. 1990. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- GINZBURG, Carlo. 1994. *El queso y los gusanos*. Buenos Aires: Muchnik.
- GUSMÁN, Luis. 1995. *Villa*. Buenos Aires: Alfaguara.
- JAUSS, Hans-Robert. 1976. *La literatura como provocación*. Barcelona: Península.
- LEJEUNE, Philippe. 1994. *El pacto autobiográfico*. Madrid: MEGAZUL-ENDYMION.
- LITTEL, Jonathan. 2006. *Las benévolas*. Barcelona: RBA.
- LUDMER, Josefina. 1984. *Cien años de soledad. Una interpretación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- OLGUÍN, Sergio. 2013. *La fragilidad de los cuerpos*. España: Tusquets.
- PEZZONI, Enrique. 1986. *El texto y sus voces*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ROJAS, Ricardo. 1960. *Historia de la Literatura Argentina*. Buenos Aires: Kraft.
- SEBALD, Winfried Georg. 2001. *Auterlitz*. Barcelona: Anagrama.
- STEINER, George. 1997. *Pasión intacta*. Madrid: Siruela.
- _____. 2013. *Lenguaje y silencio*. Barcelona: Gedisa.
- VÁSQUEZ, Juan Gabriel. 2011. *El ruido de las cosas al caer*. Colombia: Alfaguara.
- VERBITSKY, Horacio. 1995. *El vuelo*. Buenos Aires: Planeta.
- VIÑAS, David. 1970. *Literatura Argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Siglo XX.
- ZUBIETA, Ana María. 1987. *El discurso narrativo arltiano. Intertextualidad, grotesco y utopía*. Buenos Aires: Hachette.

- _____. 1989. “La historia de la literatura. Dos historias diferentes”. *Filología*, XXII, N° 2, 197-213.
- _____. (comp.). 2017. *Otro mapa de la violencia. Enfoques teóricos, recorridos críticos*. Buenos Aires: Eudeba.